

¡Que noche aquella! *

Por Laura
La Plante



25 cénts.

BIBLIOTECA TREBOL
Publicación semanal

Núm. 97

BIBLIOTECA TREBOL

¡Qué noche aquella!

Adaptación cinematográfica de la popular novela de Peggy Gaddis, "Her Big Night" genialmente interpretada por

Laura La Plante

Versión literaria de
CRISPULO GOTARREDONA

Exclusivas Hispano American Films, S. A.
Valencia, 233 - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PARÍS, 204. - BARCELONA

One More Chance

Adaptació cinematogràfica de la novel·la de Dashiell H. Hayes
Género: "HISTÒRIC", sentimentals, romàntics

Trans. La Blava

Adaptació cinematogràfica de
CARLOS GOTTFRIEDSON

Ex. 2. Edició. 1936. 120 minuts. Yolanda Yáñez. 2. 1936.
Aventures - 1936. 120 minuts

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

<i>Anita Nocross</i>	...	<i>Laura La Plante</i>
<i>Johnny Young</i>	...	<i>Einar Hansen</i>
<i>Tom Barrett</i>	...	<i>Lee Moran</i>
<i>Gladys Smith.</i>	...	<i>Zasu Pitts</i>
<i>Frank Adams.</i>	...	<i>Tully Marshall</i>
<i>Bobby Crosby.</i>	...	<i>William Austin</i>

¡Qué noche aquella!

PRINCIPALES INTERPRETES	
Laura la Loba	Anita Nocross
Elisa Hesseu	Yolanda Juncos
Isa Gómez	Tomás Fernández
Sara Pitti	Graciela Serrato
Tula Márquez	Laura Ladrón
Waltina Arribalzaga	Poppy Clegg

Sólo un viejo lobo de mar, capeando una furiosa borrasca, podía compararse aquella tarde con Anita Nocross, la linda dependienta de los Grandes Almacenes La Gaviota, porque aquello era un temporal deshecho... Y una liquidación de corsés no puede negarse que es la pesca de la ballena.

La rubia dependienta no podía dar abasto a tanta clientela. Parece mentira que un articulo de tan poco consumo como el corsé tenga tanta demanda, pero lo cierto es que por motivos inexplicables e incomprensibles, se venden casi tanto como las camisas, dicho sea con perdón de las lectoras.

—¡Ya lo creo, señora!... Esta es su medida exacta... metro más metro menos...

—Pero es que me está chico...

—Pues lo siento mucho, señora, pero nuestros corsés son de ballenas... no para ballenas...

Estos y parecidos diálogos tuvo que sostener Anita aquella tarde... aquella memorable tarde en que el destino iba a señalarla como protagonista de una aventura singular.

—Oiga, señorita...

—¿Dónde está la dependienta?

—Hace un momento está aquí. ¡Parece como si se la hubiese tragado la tierra!

No era que se la hubiese tragado la tierra, precisamente. Fué, simplemente, que Anita se ocultó unos momentos debajo del montrador para descansar de los ajetreos de la jornada, que había sido de pronóstico. Y allí tuvo que buscarla Harvey, el dependiente de la sección de imperdibles y broches, para hacerle una consulta.

—No se apure, Anita. Dentro de unos segundos le levantan el bloqueo; en cuanto den la señal para la liquidación de lo que antes era ropa blanca, la dejarán tranquila.

Por fin dió la señal y Anita se quedó sola. Y aquí es cuando empieza verdaderamente esta verídica historia; entonces fué cuando el eminentí Tom Barret, el Alejandro Dumas del bombo cinematográfico, agente de publicidad de los famosos productores de películas surrealistas "Los Artistas Desunidos" se fijó en ella con extraordinario interés.



... se acercó más al mostrador sin dejar de mirarla.

—¿Desearía usted ver algo nuevo en corsés?—inquirió Anita con retincencia.

Tom Barrett, cuya frescura podía compararse a la del sorbete, se acercó más al mostrador sin dejar de mirarla.

—¡Es asombroso!—dijo—. ¿No le han dicho nunca que entre usted y la Mary Dix no hay la más ligera diferencia?

Anita no se dejaba apabullar por los graciosos y aquél tenía todo el aspecto de un "clown"; púsose en jarras e irguiendo la cabeza preguntó, a su vez:

—¿Y qué es eso? ¿Un nuevo tímido o una adivinanza?

—Ninguna de las dos cosas, y si quiere convencerse, precisamente esta noche aparece ante el público en carne y hueso después del estreno de su última superrealización "Al fin solos". Aquí traigo dos butacas y si usted...

—Le advierto que yo no voy al teatro más que con mi novio...—interrumpió Anita, aceptando las butacas.

Johnny Young, el novio de que habló Anita, era una edición, corregida y aumentada, de El Moro de Venecia, en rústica.

Hay gustos que merecen palos y el de Anita, cuya belleza la hacía digna de un hombre no mal parecido, había demostrado tenerlo bastante malo, pero ella era la interesada y no consideramos pertinente inmiscuirlnos en sus gustos personales.

Anita y Johnny tenían la higiénica costumbre de pasear por el parque, durante las horas de asueto.

Aquel día notó ella que su Johnny iba preocupado y quiso inquirir la causa.

—¿No te dije que el amo quería retirarse y traspasarme el negocio? Pues esa es la causa.

—Y... pide mucha pasta?

—¡Mil miserables dólares!—dijo Johnny.

—¡Una friolera! Según tu libreta de ahorros, no te faltan más que unos ochocientos para comprar tu independencia...

—Y la tuya...

—¿Y la mía?...

—Sí, sí; lo que oyes. Porque si hubiera podido quedarme con el negocio ya podía casarme...

—¡A propósito! ¡Por poco se me olvida! Tengo dos butacas para una función de postín que hay esta noche.

—¿Quién te las ha dado?

—Un parroquiano...

El rostro de Johnny se ensombreció: una nubecilla de celos que pasaba, y frunciendo el entrecejo, dijo:

—¡Pues las pones en conserva! ¡Si alguna vez vamos al teatro, ha de ser pagando yo!

Anita conocía el recurso para desvanecer aquellas nubes de celos y lo puso en práctica.

—Johnny... por favor... no seas tontito... ¡Si no tiene nada de particular! Es un parroquiano viejo... y afeminado... en mi vida le había visto ni espero volver a verlo...

Pero Johnny no cedió, antes bien, se puso furioso. Lo peor que podía decirle ella era que se las había regalado un viejo, porque aquella mañana se había enterado que un anciano acababa de birlarle la novia a un amigo suyo.

Y lo que pasa: que yo quiero y yo noquiero, y el trabarse de palabras, y el exclusivo de recho de querer tener razón que pretende el hombre, y la intransigencia de ellas... total



—¿Qué dice usted?

que Johnny la dejó plantada y se marchó... para volver minutos después. ¡Ella había ganado!

—¡Vaya, iremos al teatro! Pasaré a buscarte a las ocho...

—¡Qué bueno eres, Johnny!

Y se despidieron hasta la noche.

—¡Qué rumbo, chica! ¡Viene por ti en un taxi!

II

Si la lectora o el lector no han tenido la desgracia de tratar a ninguna de esas personas que ven todas las cosas de los colores más sombríos, vamos a tener el sentimiento de presentarles a Gladys Smith, compañera de Anita en la tienda y en la casa de huéspedes.

—¡Qué suerte, hija! Tener un novio como Johnny que te lleva al teatro y todo! No tendrá yo esa suerte.

A Gladys, según ella, no podía ocurrirle ni por casualidad, ninguna cosa buena. Era de esas mujeres que si ponen a la lotería, no sacan nunca.

—Sí... es muy bueno... Y no sabes el sacrificio que representa para él, con lo poco que gana.

—¡Pero yo también le quiero mucho y haría cualquier cosa por él!—añadió Anita.

—¡Qué feliz sería yo con un novio como Johnny!—gimió Gladys.

Con objeto de disimular una de esas lagrimitas furtivas que casi siempre les caen a los pesimistas, Gladys se aproximó a la ventana y desde allí vió que un coche acababa de parar a la puerta.

—¡Qué rumbo, chica! ¡Viene por ti en un taxi!

Anita corrió a abrir a su novio pero se encontró con... el de las butacas.

—¡Váyase usted al diablo!—dijo intentando cerrar la puerta, cosa que no pudo conseguir porque el de las butacas atravesó el pie.

—Es que no sabe usted, señorita, las combinaciones que he tenido que hacer para dar con su dirección. Gracias a que encontré al dueño de la tienda y me la dió.

Anita hacía esfuerzos para cerrar la puerta y Barrett para persuadirla de que le oyese. No venía más que a proponerle un negocio con el cual podría ganar mil dólares casi sin hacer nada.

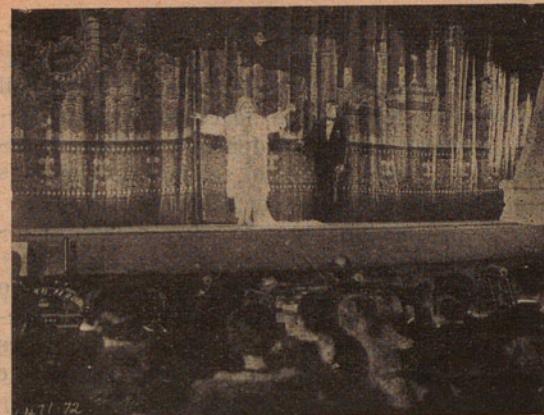
—Estoy seguro de que la convenzo a usted si me deja hablar tan solo un minuto.

—¿Qué se ha figurado usted? ¡Como no se vaya más que corriendo, desvergonzado, llamo a la policía!

Mas hay un argumento cuya fuerza de persuasión es enorme; Tom sacó del bolsillo un papelito que desdobló cuidadosamente y lo puso en los ojos de Anita. Era un cheque de mil dólares.

—¿Recuerda usted lo que le dije esta mañana a propósito de Mary Dix? Pues no podrá aparecer ante el público esta noche y usted es la única que puede sacarnos del apuro.

Anita empezó a comprender. Realmente no se le podía mucho y desde luego, no se pretendía nada atentatorio contra su honestidad.



... y después de hacer unos cuantos saludos...

—Todo lo que tiene usted que hacer—prosiguió Barret—, es vestirse y peinarse como ella, hacer unas cuantas reverencias al público, lanzarle unos cuantos besos... y embolsarse los mil machacantes.

—Pero es que ni por diez mil duros subo yo a un escenario!—exclamó Anita.

—Es que... señorita... se trata de una cosa más seria de lo que se figura... Si la Mary Dix no aparece ante el público esta noche, va a haber un revuelo tremendo, que aprovechará

la prensa para desprestigar a nuestra estrella.

Anita empezaba a ceder. Recordó que mil dólares era la cantidad necesaria para su novio recobrar su independencia y causar su esclavitud... Barret, insistió, cada vez con más calor, y por fin, Anita accedió:

—Espéreme un segundo. Voy a dejarlo dicho a mi novio...

—¡Eso sí que no!—exclamó Barret—. ¡No debe enterarse nadie! La más ligera indiscreción podría trascender a la prensa y entonces se perdería todo... ¡Yo me quedaba en la calle y usted sin sus mil dólares!

Era cuestión de jugarse el todo por el todo. La atracción de los mil dólares era superior a toda consideración y Anita se dejó llevar.

Gladys, ¡la infeliz Gladys! les vió subir en el auto y desaparecer calle abajo.

III

Eran las nueve y media de la noche, y en las oficinas de "Los Artistas Desunidos" había gran movimiento de personal.

Su presidente, J. W. Meyers, el hombre de más mal genio que come pan y toma bicarbo-

nato, daba muestras de gran nerviosidad pasando por su despacho.

—¿No hay noticias de Barrett?—preguntó a su secretaria cuando dió la media hora.

—No, señor.

Llamó a casa de la Dix y una doncella le anunció que la señorita no había vuelto a casa todavía. El peluquero y la modista estaban esperando allí toda la tarde.

Meyers, dejó el aparato con rabia. Estaba furioso: sus ojos tropezaron con el retrato de la estrella que figuraba en el lugar más visible de su despacho, y avanzando hacia ella, le dijo en voz alta, como si se dirigiere a su propia persona.

—¡Ah, Mary, Mary! ¡Qué cabeza más loca te ha dado Dios! ¡Si no apareces esta noche, me pones en el mayor ridículo de mi vida!

En esto se presentó en la oficina Frank Adams, un crítico cinematográfico de esos que creen que periodismo y lavadero son sinónimos, y cuya epidermis sólo podía compararse, por lo dura, a la de un rinoceronte adulto.

—Por la décima vez le digo que el señor Meyers no está—advirtió la secretaria saliendo a recibirle en el vestíbulo.

Casualmente, Adams estaba vuelto hacia la vidriera del despacho del presidente, y vió proyectarse en el cristal esmerilado la sombra del señor Meyers.

—¡Qué mala sombra tienen algunas perso-



... atravesando entre una hilera de gente ..

nas!—exclamó intencionadamente, señalando a la puerta.

La secretaria no tuvo más remedio que anunciar al visitante.

—¡Dígale que no estoy, que me he muerto —exclamó exasperado el presidente—. Invéntese cualquier cosa, pero no quiero verle ni en pintura.

Más era inútil transmitir el encargo por cuando Adams ya se había colado en el despacho y oyó las últimas palabras.

—¿Qué se sabe de Mary Dix? ¿Ha regresado ya de su e-x-c-u-r-s-i-ó-n marítima?

—¡No!—dijo secamente Meyers—. Y oiga bien, Adams—añadió—. Si publica usted algún artículo de los suyos sobre Mary Dix, le perseguiré por difamación!

Adams sonrió con sinismo.

—Sé de buena tinta que está en el yate del Comodoro Harmon. Si esta noche no aparece en escena, tengo embotellada para la edición de mañana una croniquita como para chuparse los dedos.

—Croniquita? ¡Una verdadera colada, libélista, ensaugador de cuartillas! ¿Por qué no prueba usted de escribir algo decente?

—¿Y quién iba a leerlo? Ahora me voy, pero no olvide que si la señorita Dix no aparece ante el público esta noche, mañana tendrá la gente algo substancioso que leer.

Mientras en las oficinas de la compañía cinematográfica ocurrían estas cosas, Barret y Anita llegaban al domicilio de la famosa estrella. Allí, la joven pudo comprobar su extraordinario parecido con la famosa actriz. El peluquero aseguró que la habría confundido con ella.

Barrett dió las oportunas órdenes.

—Como la Dix no se encuentra por ningún lado, esta joven ocupará su lugar. ¿Pueden ustedes arreglarla de modo que parezca totalmente la señorito Dix?

El peluquero aseguró que sí y mientras Barrett corría a la oficina para poner en conocimiento del director su providencial hallazgo y empezaban la metamorfosis de Anita, Johnny llegaba a casa de su novia para llevarla al teatro.

—Salió hace unos veinte minutos con un caballero a quien no conozco—le informó la patrona.

—Vamos, doña Petra, que hoy no son los Inocentes. ¡Anita está arriba como si fuera de piedra tallada!

Y Johnny empezó a subir los escalones de dos en dos.

—¿Con que Inocentes y de piedra tallada? —murmuró la patrona—. Me parece que tiene razón: lo primero por usted y lo segundo por el pollo que vino a buscarla, que tenía cara de marmolistas.

Johnny estaba persuadido de que Anita quería gastarle una broma y entró en la habitación donde no vió más que a Gladys que se le quedó mirando con cara de espanto.

—Johnny... querido Johnny... — balbuceó Gladys con lágrimas en los ojos—. Me parece que Anita se nos ha escapado con otro.

—¿Qué dice usted? — preguntó el cuitado después de mirar debajo la cama, donde ella se ocultaba muchas veces—. ¿Será verdad?

—Sí... ¡Se ha ido con otro! El dolor, los celos, y todos los sentimientos



—... no te sulfures y deja que me explique...

humanos tienen muchas maneras de manifestarse y Johnny se decidió por una bastante original: proponer a Gladys que se fuera con él al teatro; así se vengaría de Anita.

A la misma hora, Meyers y Barrett llegaban al domicilio de la estrella. Su dependiente le había dicho que ya había regresado y estaba ansioso por verla.

—¡Ah, pilla! —dijo Meyers en cuanto vió a la falsa Dix, sin reconocer la sustitución—. ¡La próxima vez que salga en yate, voy a ir yo de niñera!

Y Meyers intentó darle un beso... como te-

nia por costumbre, viendo con asombro que ella retrocedió asustada.

—No le extrañe a usted, Meyers—explicó entonces Barret—. La cosa tiene su explicación: Esa no es Marya Dix, sino una simpática y amable vendedora de corsés.

Le costó a Barret persuadir a su jefe, pero éste, al cabo, no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia y reconocer que era verdad.

—Creo que lo mejor será que ensayemos a la señorita Nocross, para que sepa lo que tiene que hacer en el teatro—propuso Barret.

No le fué difícil a Anita aprender a hacer unos cuantos saludos que era lo único que debía hacer la estrella al aparecer en el palco escénico para recoger los aplausos y desde allí se dirigieron seguidamente al teatro.

IV

El teatro estaba resplandeciente. La película tenía un éxito extraordinario y el público seguía las escenas con creciente interés. La labor de Mary Dix, era sencillamente colosal.

No podía faltar a tal representación el cínico Adams a quien acompañaba Bobby Crosby, un "pollo pera", admirador incondicional

del escritor, en cuyas fuentes pensaba saciar su sed de periodismo.

—¿Pero cree usted que no aparecerá?—preguntó Crosby, cuando, al concluir la película, el público reclamaba la presencia de la estrella en el escenario.

—Ya se va impacientando el público... ¡Vérá usted como no sale!

—Va a ser un artículo sensacional, ¿verdad maestro?

En aquel momento, Anita estaba pasando las de Caín, entre unos bastidores. El rumor de los aplausos la tenía atontada: tenía miedo de aparecer ante aquellos miles de espectadores cuyas miradas recaerían sobre ella...

—¡Tengo miedo!... ¡Tengo miedo!—confesó a Barret.

—¡Acuérdese de que son mil dólares!

—Saldré es decir, salgo... Pero si me muero de repente, dígales al menos que fué por amor al arte... y por amor a Johnny.

Salió, sí y después de hacer unos cuantos saludos y dirigir unas cuantas sonrisitas al monstruo de las mil cabezas, se metió otra vez entre bastidores.

Adams sufrió una gran decepción.

—¡Por vida de...! ¡Con el articulito que yo había escrito! En fin; voy a enterarme cómo se ha hecho el milagro. Esperaremos a puerta del escenario, a la salida.

Otro que experimentó una sorpresa grande



... empezó por sacar de su escondite al comodoro.

al ver a la presunta artista en el escenario, fué Johnny.

—¡Jesús! ¡Se parece una atrocidad a Anita... sino que ésta es mucho más vieja. Me gustaría verla de cerca... ¿Vamos a esperarla afuera?

Cuando Anita hubo dado aquel paso... se quitó un peso muy grande de encima. El presidente estaba satisfecho y la felicitó.

Adams ya se había colado en el escenario y les espiaba de muy cerca, oyendo una conversación, que le dejó estupefacto.

—¡Me parece que se la hemos dado con queso al público! —dijo Barrett

—¿Por qué no se dedica al cine? —propuso Meyers—. ¡Usted debe ser muy fotogénica!

—¡Cuidadito con las palabras! —replicó Anita—. ¿Qué se ha figurado usted? ¡Yo soy una chica decente...

Mayers expresó que su deseo no era molestarla y los tres salieron a la calle, atravesando entre una doble hilera de gente, donde Anita vió a su novio y a Gladys, que la miraban embobados.

—¡Caray! ¡Juraría que me ha dicho algo! —exclamó Johnny.

A todo esto, Adams daba instrucciones a su secretario Crosby para que no perdiese a la artista de vista ni un solo momento, y se dispusieron ambos a seguir el auto. Por el camino le iba diciendo:

—No olvide mis instrucciones. Mi plan es estupendo. En cuanto vea usted que yo salgo de la casa con Barrett, ya puede subir al piso de la Dix y presentarse como si fuera su marido.

Barrett y Anita llegaron a la morada de Mary Dix y allí, Anita respiró tranquila. Barrett dijo:

—No sabe bien lo descansado que me quedado y lo que me quedare en cuanto se cambie de ropa y la haya dejado en su casa. ¡Qué nochecita!

Entonces se presentó un personaje inesperado: Dix, el cual, quieras que no, se llevó a Barrett.

—En cuanto nos vea fuera, se marcha usted a su casa en seguida — le ordenó Barrett en voz baja.

Mas, cuando se disponía a marchar, entró un hombre que le era completamente desconocido, el cual se arrojó a sus brazos, diciéndole:

—¡No esperabas tan pronto a tu maridito, verdad? Pero yo no podía resistir más tiempo sin verte y he venido.

—Sí... sí... ya... lo... veo — balbució Anita, no sabiendo qué hacer.

—No parece que estés muy alegre de mi regreso — dijo el falso marido, pues, como sabe el lector, no era más que Crosby.

—¿Qué no? ¿No ves que de la emoción hasta he cambiado de voz?

Mientras una y otro representaban esta comedia, Meyers regresaba a su despacho, donde encontraba a la auténtica Dix.

—Como apoderado mío — le pidió Mary —, quiero, que bajo su responsabilidad haya detener inmediatamente a Harmon, por haberme querido raptar en su yate — y le explicó todo lo ocurrido.

—En estos momentos, un escándalo así sería fatal para nosotros. Hemos hecho pasar por usted a una joven que encontró Barret y para



... se li arrebató...

todo el mundo, a aquellas horas, Mary Dix estaba en el teatro.

La que vería el conflicto más cerca era Anita, la cual no quería acostarse esperando, tal vez, que el porvenir deshiciese aquel enredo.

Pidió a su "marido" que le preparase un poco de cena y mientras tanto salió al vestíbulo, donde un nuevo personaje que acababa de llegar se arrojó a sus pies, pidiéndole perdón.

Era el Comodoro Harmon, el raptor de Mary que venía a presentarle todas sus excusas.

—Si me saca de aquí... tal vez le perdone—
dijo Anita.

—No me atrevo... Mi mujer viene detrás de
mí con el ánimo de quedarse viuda.

En aquel momento, llamaban a la puerta:

—¡Mi mujer! ¡La conozco por el modo de
llamar!—exclamó Comodoro, ocultándose rá-
pidamente en un arca que adornaba el hall.

En efecto; era la señora Harmon en el sen-
tiero de la guerra. Venía furiosa y dispuesta
a comerse a todo el mundo.

—¿Dónde está mi marido? Entréguemelo in-
mediatamente... o habrá efusión de sangre.

Estaban en el dintel de la puerta y de pron-
to, Anita vió el cielo abierto: ¡su novio venía
a buscarla!

—Me pareció que me hablaste esta noche
frente al teatro y quería estar seguro de que
eras tú—explicó Johnny.

—Señora, da la casualidad de que es mi
novio.

—¡Ah!—chilló la señora Harman—. ¿De mo-
do que no se contenta con robarme a mi ma-
rido, sino que además engaña usted a su no-
vio?

Johnny le dirigió una severa mirada.
—Se empeña en que su marido está aquí
y en que yo lo tengo escondido... —explicó
Anita.

En aquel momento aparecía el secretario de
Adams, con un delantal de cocina.

—¡Nenita!... ¡No encuentro el cuchillo del
pan—dijo, sin haber separado en las visitas.

—¡Yo se lo encontraré! — vociferó Johnny
yendo hacia él y cogiéndole por la camisa.

—¡Ahí tiene a su marido, señora! — dijo
Anita.

—¡Ese no es mi marido... Mesalina!

—¡Suéltame usted...!—decía Crosby—. ¡Yo
soy su marido!

—¿De quién es usted marido... sinvergüen-
za?—vociferaba Johnny zarandeándole y le
habría estrangulado si Anita no le hubiese co-
gido del brazo.

—Johnny, no te sulfures y deja que me ex-
plique...

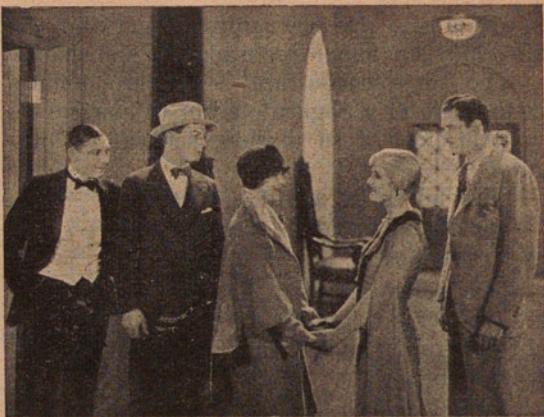
—¡Suéltame!—gritó Johnny.

Crosby pudo desprenderse y salió a ocultar-
se a la cocina; Johnny iba detrás de él. Le co-
gió en el comedor donde ya no quedaron más
que los restos... y algunas trizas de delantal.

—¡Y yo que creí que eras una buena chia-
ca!—se lamentó Johnny cuando habiendo de-
jado por “inútil” a Crosby volvió al vestíbulo.

En aquel momento regresaba a la ciudad el
verdadero marido de la popular estrella, el
cual había estado ausente durante unos días,
y por tanto ignoraba todo lo que estaba ocu-
riendo en su casa.

Oyeron sus pasos y la esposa del Comodo-
ro, creyendo que eran los de su marido, se



La presencia de Anita...

apostó detrás de la puerta, enarbolando un bastón, y cuando el confiado marido penetró en su casa recibió un tremendo golpe en la nuca.

Más, apenas se dió cuenta de que había "atacado" a otra persona, la señora Harmon se deslizó en excusas.

—Usted perdone... me figuré que era mi marido.

—¿Su marido? Yo soy el señor Dix, el amo de esta casa. ¿Qué hace usted aquí, señora?

—¡Vengo en busca de mi marido, a quien

ha ocultado aquí su mujer!—exclamó la Comodora.

Al entrar el nuevo personaje, visto que la cosa se complicaba, Anita y su novio se habían ocultado en una habitación contigua.

Furioso, el señor Dix empezó a buscar hasta que halló oculto al novio de Anita y ciego de coraje le puso como no digan dueñas. Despues lo arrastró hasta el vestíbulo y arrojándolo a los pies de la señora Harmon, le dijo:

—¡Ahí lo tiene usted, señora! Ahora ya puede llevárselo tranquila.

—Pero si ese no lo és! ¡Este es el otro novio de su mujer!

—¡Caray!!

Anita se hallaba oculta en un armario y de allí la sacó momentos después el señor Dix.

—¿Se puede saber donde está el marido desconocido, mujer infame, no se cuantas veces adúltera?

Aquello ya era demasiado. ¿Quién sería aquel nuevo personaje que le hablaba así? Anita pensó en la posibilidad de que fuera el verdadero señor Dix, que la tomaba por su mujer y dispuesta a aclararlo todo, empezó por sacar de su escondite al Comodoro.

—¿Es ese su marido, señora?

—¡Este! ¡Y le prometo que irá bien servido!—diciendo ésto la comodora le sacó por una oreja y se lo llevó.

Quedaron solos Anita y Dix, el cual, queriendo escarmentar a su mujer, empezó a darle azotes, mientras la reprendía.

—Has llevado tus diabluras demasiado lejos y voy a darte de azotes como una niña cual criada.

—¡Usted no puede hacer eso conmigo! — chilló Anita.

—¿Por qué?

—¡Porque yo no soy su mujer!

En aquel momento llegaba Barrett.

—¡Alto, señor Dix. Esta no es su mujer.

—¡Si este es otro de sus juegos malabares de publicidad, le prometo que va a ser el último!

—Esta vez ha sido para evitar la publicidad... Gracias a esta señorita.

Johnny, repuesto de la agresión, volvió al vestíbulo y al ver que el desconocido tenía cogida por la cintura a su novia, se la arrebató, soltándole un puñetazo.

No faltaba más que Adams para complicar la situación y apareció otra vez.

—He venido para pedirle una de sus fotografías; quiero publicarla en la edición de mañana.

Como todavía debía representar su papel, Anita le dió la primera fotografía que encontró. El propósito de Adams era conseguir que

ella pusiera una dedicatoria a fin de descubrir la suplantación.

Anita accedió y pasó a la habitación contigua para dedicarla y al poco rato volvió con ella.

Adams, recogió la cartulina ávidamente. ¡Ya tenía el cuerpo del delito! Mas... la letra era auténtica y se dió a todos los diablos.

Al quedar nuevamente solos, Barrett preguntó maravillado:

—Ha sido magnífico. ¿Cómo diantres se las arregló, Anita?

—Pues muy sencillo: no he tenido que imitar nada—dijo ella con la voz ligeramente apagado—. ¡Yo soy la Dix, hombre! ¿No me conoce usted?

Y se arrojó en los brazos de su marido.

Después Mary explicó que momentos antes de que Adams pidiera la fotografía, ella había hecho una señal a la señorita que tan extraordinariamente se le parecía, y ella había sabido proceder discretamente.

La presencia de Anita corroboró estas afirmaciones. Venía con su sombrerito puesto, a punto de marchar.

—Bueno, Anita, esto se ha terminado—dijo Johnny a quien Barrett había puesto al corriente de todo—. ¡Ahora mismo te vienes a casa conmigo y si no te llevo arrastrando!

Y así concluyó aquella noche, llena de zozobra y de situaciones comprometidas.

Cuando Anita, la señora Johnny actualmente, lo recuerda no puede ocultar una exclamación.

—¡Qué noche aquella!

F I N

Biblioteca Encanto

TOMOS PUBLICADOS:

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA
por CLOVIS EIMERIC
- 2 AMOR QUE NO MUERE
Traducción por RICARDO PRIETO
- 3 ¿DÓNDE HALLAR UN NOVIO?
por CLOVIS EIMERIC
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR
por ANTONIO GUARDIOLA
- 5 EL HERÓICO DON JUAN
por CLOVIS EIMERIC
- 6 CORAZÓN DORMIDO
por RICARDO PRIETO
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...
por CLOVIS EIMERIC
- 8 AGUA MANSA
por RICARDO PRIETO
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO
por CLOVIS EIMERIC
- 10 CORAZONES UNIDOS
por PEDRO NIM

PRECIO: 60 CÉNTIMOS